

El segundo paraíso I

—Parlabane ha vuelto.

—¿Cómo?

—¿No te has enterado? Parlabane ha vuelto.

—¡Ay, Dios!

Seguí a paso vivo por el largo corredor sorteando estudiantes que charlaban y personal de la facultad que cotilleaba; volví a oírlo en boca de un profesor cuando saludaba a otro.

—Se habrá enterado de lo de Parlabane, ¿no?

—No. ¿De qué se trata?

—Ha vuelto.

—¿Aquí?

—Sí, a la universidad.

—No pensará quedarse, ¿verdad?

—¡Quién sabe! De Parlabane se puede esperar cualquier cosa.

Justo lo que necesitaba: algo que decirle a Hollier cuando volviéramos a vernos ahora, después de casi cuatro meses de separación. Éramos amantes desde la última vez que nos vimos, o eso creía yo, ilusa de mí. Lo cierto es que, desdichadamente, yo me enamoré de él y luego me pasé el verano desasosegada, alborotada, esperando una postal desde el rincón de Europa en el que se encontrase; pero él no era dado a escribir postales. Ni tampoco a hablar mucho de

10 ROBERTSON DAVIES

cuestiones personales, aunque era capaz de emocionarse, de manifestar sentimientos. Aquel día de primeros de mayo, después de contarme los últimos avances de su trabajo y de que yo —deseosa de servirlo, de ganarme su agradecimiento y hasta su amor acaso— cometiera la traición imperdonable de revelarle el secreto del *bomarí*, estaba fuera de sí..., y fue entonces cuando me abrazó, me llevó al horrendo sofá viejo de su despacho y me tomó, con mucho trajín de ropa por medio, mucho ruido de muelles y mucha ansiedad de fondo por si de pronto irrumpía alguien. Y luego nos separamos, cohibido él, desbordada yo de perplejidad y entrega amorosa: ahora iba a verlo de nuevo. Necesitaba un comentario con el que romper el hielo.

Conque subí los dos tramos de escalera de caracol, que parecían tres por la altura de los techos de la San Juan. ¿A qué venía tanta prisa? ¿Tanto deseaba volver a verlo? No, quería verlo, eso desde luego, pero también temía el momento. ¿Cómo saluda una a su profesor, a su director de tesis, a quien ama, que la ha tomado en el viejo sofá, y de quien se espera una posible correspondencia amorosa? Pensar en mí misma como «una» era síntoma del estado mental en que me encontraba, me distanciaba dándome un trato impersonal. Llegué sin aliento al piso en el que no había más habitaciones que las suyas, a la puerta del estudio con el cartel manuscrito y medio roto de siempre que decía: «El profesor Hollier está; llame y entre». Así lo hice y allí estaba él sentado a su mesa, como Dante, si Dante hubiera tenido la dentadura superior en mejores condiciones, o quizá como Savonarola, si Savonarola hubiera sido más guapo. Aturullada y ligeramente mareada, solté la escueta noticia.

—Parlabane ha vuelto.

El efecto fue más fulminante de lo que esperaba. Irguió la espalda sin levantarse del asiento y, aunque no abrió la boca, se le aflojó la mandíbula y puso una cara de concentración muy suya que me gustaba más incluso que su sonrisa, aunque no le favorecía en exceso.

—¿Ha dicho usted que Parlabane está aquí?

—No se habla de otra cosa por los pasillos.

—¡Dios del cielo! ¡Qué espanto!

—¿Espanto? ¿Por qué? ¿Quién es Parlabane?

—Le aseguro que no tardará en descubrirlo. ¿Qué tal el verano? ¿Ha trabajado algo?

¡Me hablaba de usted! Ni la menor evocación de la aventura del sofá, que estaba justo a su lado y me parecía el objeto más importante de la estancia, y sólo preguntas de profesor sobre el trabajo. Le importaba un comino cómo hubiera pasado yo el verano. Sólo quería saber si había adelantado algo el trabajo, que en realidad no era más que una particulilla engorrosa de la subestructura del suyo. Ni siquiera me había dicho que me sentara y mi educación me prohibía sentarme en presencia de un profesor sin su permiso. Conque me puse a explicarle lo que había hecho y, al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que seguía de pie y me señaló una silla con la mano. Mi informe le satisfizo.

—Ya está todo arreglado para que trabaje aquí este año. Tendrá un hueco en alguna otra parte para usted sola, desde luego, pero aquí puede hacer el despliegue de libros y papeles y dejarlo permanentemente. Le he despejado esta mesa. Quiero tenerla cerca.

Me estremecí. ¿Las chicas se estremecerán cuando su amor les dice que quiere tenerlas cerca? Yo sí.

—¿Sabe por qué quiero tenerla cerca? —añadió.

Me ruboricé. Ojalá no me ruborizase, pero todavía se me suben los colores, a los veintitrés años. No pude decir palabra.

—No, claro que no. Es imposible que tenga la menor idea. Pues se lo voy a decir yo y se va a caer del susto. Cornish ha muerto esta mañana.

¡Oh, desolación abominable! No se refería al sofá con todas sus implicaciones.

—La verdad es que no sé quién es Cornish.

—Francis Cornish es —era—, sin duda, el mayor mecenas del arte, el máximo conocedor y el más entendido que ha habido en la historia de este país. Era inmensamente rico e invertía en arte a manos llenas. Los cuadros se los quedará la Galería Nacional; lo sé porque soy su albacea. No diga una palabra de esto porque no conviene que sea de dominio público todavía. También deja una selecta colección de libros que irán a la biblioteca de la universidad.

Y además coleccionaba manuscritos, aunque para eso tenía menos criterio; en realidad no sabía lo que tenía, porque la pintura lo absorbía tanto que no le quedaba tiempo para otras cosas. Los manuscritos también son para la biblioteca. Uno de ellos será el trampolín que la catapulte a usted y a mí me será muy útil, espero. En cuanto podamos echarle el guante, empezará a trabajar en serio: esa tarea la encumbrará unos cuantos peldaños más en el escalafón académico. El manuscrito, que no es el clásico guiñapo manido y mohoso con el que tiene que habérselas la mayoría de los doctos, constituirá la entraña de su tesis. Puede llegar a ser un pequeño bombazo en el terreno de los estudios renacentistas.

Me quedé sin habla. Quería decir: «¿No soy más que un estudiante, otra vez, a pesar del revolcón que me diste en el sofá? ¿Tan insensible eres, tan profesor?», pero sabía lo que él quería oír y lo dije.

— ¡Qué emocionante! ¡Es maravilloso! ¿De qué trata?

— No lo sé a ciencia cierta, sólo sé que entra en su terreno. Tendrá que echar mano de todas las lenguas que conoce: francés, latín, griego, e incluso puede que tenga que hincar los codos un poco con el hebreo.

— Pero, ¿de qué trata? Porque no creo que le despertara tanto interés si no lo supiera.

— Sólo puedo decir que es un hallazgo excepcional, y que puede ser una... un bombazo, pero tengo mucho que hacer antes de comer, así que dejemos la cuestión para otro momento. Lo mejor es que ahora traiga sus cosas aquí y coloque un cartel en la puerta para que se sepa que está. Me alegro de volver a verla.

Sin una palabra más, se fue escaleras arriba arrastrando sus viejas zapatillas hasta la gran alcoba contigua, que era su estudio privado, donde había una cama plegable disimulada tras un biombo. Lo sabía porque había subido a fisgar una vez, cuando él no estaba. En ese momento, aparentaba un millón de años, aunque estos académicos prodigiosos son maestros del transformismo: cuando el trabajo marcha bien, sale por esa puerta al cabo de dos horas como si tuviera treinta, en vez de los cuarenta y cinco que tiene, pero ahora le tocaba hacer el papel del típico vejestorio académico.

Se alegraba de volver a verme, ¡ja! ¡Ni un beso, ni una sonrisa ni un triste apretón de manos! El desencanto me envenenó la sangre.

Pero tiempo al tiempo; yo ocuparía la antesala, siempre bajo su atenta mirada, y el tiempo obra maravillas.

Bastó la picadura del gusanillo académico para que otra emoción paliara el desencanto. ¿Qué contendría ese manuscrito, para que Hollier escurriera el bulto de esa forma?

II

Estaba organizando mis papeles y demás material en la mesa de la antesala, después de comer, cuando, tras llamar discretamente a la puerta, entró una persona que sólo podía ser Parlabane. No era ninguno de los conocidos de la San Juan que pudieran presentarse de tal guisa; la sotana o vestidura monacal que llevaba tenía justo el toque de elegancia que diferencia a los clérigos anglicanos de los romanos, pero no era ninguno de los profesores de telogía de la San Juan.

— Soy el hermano John o doctor Parlabane, como prefiera. ¿Está el profesor Hollier?

— No sé cuándo volverá, pero tardará más de una hora, eso seguro. ¿Quiere que le diga que ha venido usted?

— Querida mía, me está insinuando que me marche y vuelva más tarde, pero no tengo prisa. Charlemos. Me gustaría saber quién es usted.

— Soy alumna del profesor Hollier.

— ¿Y trabaja aquí mismo?

— Sí, desde hoy, precisamente.

— Tiene que ser una alumna muy excepcional, para trabajar tan cerca de una eminencia, porque el profesor es una verdadera eminencia. Sí, Clement Hollier, mi antiguo compañero de estudios, ha llegado a ser una auténtica eminencia entre quienes entienden su labor. Seguro que usted es uno de ellos, ¿verdad?

— Ya le he dicho que soy alumna suya.

— Pero se llamará usted de alguna manera, querida.

—Soy la señorita Theotoky.

—¡Ah, qué joya de nombre! ¡Una flor en la boca! Señorita Theotoky..., pero también tendrá nombre propio, supongo. ¿Señorita Algo Theotoky?

—Ya que insiste en saberlo, mi nombre completo es Maria Magdalena Theotoky.

—Insuperable, pero, ¡qué contraste! Theotoky —con el acento fuertemente marcado en la primera «o»— unido al nombre de la pecadora de la que Nuestro Señor echó a siete demonios. Deduzco que no es usted canadiense.

—Sí que lo soy.

—Por descontado. Siempre se me olvida que cualquier apellido puede ser canadiense; pero en su caso, desde hace poco, diría yo.

—Nací aquí.

—Pero sus padres no, supongo. Dígame, ¿de dónde procedían?

—De Inglaterra.

—¿Y antes de Inglaterra?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque tengo una curiosidad insaciable y usted me excita la curiosidad, querida. La chicas muy guapas —y usted ha de saber que es una chica muy guapa, naturalmente— excitan la curiosidad, pero pierda cuidado, que en mi caso, se trata de una curiosidad benévola, paternal, podríamos decir. El caso es que no es usted una adorable rosa inglesa, sino algo más misterioso. El apellido Theotoky significa «la que trae a Dios», ¿no es así? No, inglesa no, por descontado. Así pues, disculpe mi dulce curiosidad cristiana y dígame: ¿de dónde procedían sus padres, antes de llegar a Inglaterra?

—De Hungría.

—¡Acabáramos! Y sus queridos padres tuvieron la sensatez de salir de Hungría por piernas cuando la cosa se puso fea. ¿No es así?

—Exactamente.

—Una confidencia lleva a otra. Ya que los apellidos son de la mayor importancia, voy a contarle la historia del mío. Es de origen hugonote, y supongo que algún antepasado mío se lo ganó un buen día, hace mucho tiempo, merced a su pico de oro. Varias genera-

ciones de irlandeses después, se convirtió en Parlabane y ahora, tras unas cuantas más en Canadá, es tan canadiense como el suyo, querida mía. Qué tontos somos, la verdad, los que vivimos en este continente. Nuestro origen se remonta quinientas generaciones en otra parte del mundo, pero nos imaginamos que en el breve lapso de una sola vida nos volvemos canadienses, tercios norteamericanos, realistas hasta la médula. Maria Magdalena Theotoky, creo que vamos a ser muy buenos amigos.

—Bueno... el caso es que ahora tengo trabajo. El profesor Hollier tardará bastante en volver.

—Estupendo, porque resulta que me sobra tiempo. Esperaré. Con su permiso, voy a acomodarme en ese viejo sofá indecente, que a usted no le hace ningún servicio. ¡Menudo trasto! Clem nunca se ha preocupado de lo que le rodea. Este sitio le viene a él pintiparado, cosa que me llena de gozo, desde luego. Estoy muy contento de hallarme de nuevo en el seno de nuestra querida Entelequia.

—Le advierto que al rector le disgusta profundamente que se llame Entelequia a la universidad.

—Muy sensato por parte del rector. Le aseguro que no cometeré semejante indiscreción en su presencia; pero entre nosotros, Molly (voy a llamarla Molly, si no le importa), por Dios bendito, ¿cómo puede esperar el rector que un lugar llamado Universidad de San Juan y el Espíritu Santo no acabe siendo la Entelequia? A mí me gusta Entelequia, me parece afectuoso y me gusta ser afectuoso.

Ya se había tumbado en el sofá, que tantos recuerdos me traía, y estaba claro que no habría forma de deshacerse de él, de modo que no dije nada más y seguí con mis cosas.

Pero, ¡qué razón tenía! La habitación era fiel reflejo de Hollier y también de la Entelequia. El edificio tiene unos ciento cuarenta años de antigüedad, se construyó en la época en que el neogótico hacía furor entre los arquitectos de universidades. El creador de la Entelequia dominaba su oficio, por eso no era horrenda, pero había rincones raros y excesos arquitectónicos insostenibles por doquier y, en las habitaciones que ocupaba Hollier, el espacio estaba mal aprovechado y resultaba poco funcional. Eran las únicas que había, al final de dos largos tramos de escaleras, además de un

pasadizo que conducía a la galería del órgano de la capilla. Constatan de la antesala, donde trabajaba yo, que era bastante espaciosa y tenía dos grandes ventanas góticas de arco y, subiendo tres escalones y como a la vuelta de una esquina, el estudio de Hollier, donde trabajaba y dormía. Para ir al lavabo y al retrete, había que bajar un largo tramo de escaleras y, cuando quería bañarse, tenía que darse una caminata hasta otra ala del edificio, al glorioso estilo tradicional de Oxbridge. El ambiente era todo lo gótico que el siglo XIX fue capaz de reproducir. Sin embargo, Hollier, que carecía de sentido de la armonía, había amueblado su espacio con armatostes decrepitos de la casa de su madre; todo lo que tenía patas bailaba y todo lo que tenía relleno lo perdía poco a poco por las costuras de una tapicería desagradablemente mugrienta. Los cuadros eran fotografías de grupos universitarios, de cuando Hollier estudiaba aquí, en la Entelequia. Aparte de los libros, había una sola cosa que armonizase con el entorno: una gran retorta de alquimista, de las que parecen una escultura abstracta de un pelícano, colocada en el estante superior de una librería; alguien que no sabía de la indiferencia de Hollier por los objetos le había regalado ése tan pintoresco hacía muchos años. En términos generales, las habitaciones eran un desastre, aunque no dejaban de tener cierta coherencia y comodidad propias. Tan pronto como el desorden, el desinterés y la suciedad —supongo que así debo llamarla— dejaban de molestar, resultaban curiosamente atractivas, como el propio Hollier.

Parlabane pasó casi dos horas tumbado en el sofá y creo que no dejó de observarme ni un momento. Yo quería salir a atender unos asuntos, pero no estaba dispuesta a dejarlo allí de dueño y señor, así es que me inventé algo que hacer y me puse a pensar en él. ¿Cómo se las había arreglado para sacarme tanta información en tan poco tiempo? ¿Cómo había llegado a llamarme «querida mía» impunemente, sin que yo le parase los pies? ¡Y «Molly»! Tenía más cara que espalda, pero era una cara tan tierna y luminosa que desarmaba. Empecé a comprender la consternación general que había producido la noticia de su regreso.

Por fin llegó Hollier.

— ¡Clem! ¡Querido Clem! ¡Mi gran amigo, qué alegría volver a verte!
— John..., sabía que habías vuelto.
— ¡Y hay que ver cuánto se alegra la Entelequia de verme! ¡Y me ha obsequiado con su bienvenida especial! Con decirte que no he parado de sacudirme la escarcha de encima en toda la mañana..., pero aquí estoy con mi querido amigo y la deliciosa Molly, que pronto será otra amiga querida.
— ¿Conoces a la señorita Theotoky?
— ¡Mi querida Molly! Hasta hemos intimado en este rato.
— Bueno, John; vamos dentro y me cuentas. Señorita T., tiene que marcharse, ¿verdad?
«Señorita T.», así me llama semiformalmente, cuando se queda a medio camino entre mi verdadero nombre y Maria, que raras veces pronuncia.

Subieron los escalones y entraron en el estudio; yo bajé trotando los dos largos tramos de escaleras con un hondo presentimiento de que algo se había torcido irreparablemente. No iba a ser el maravilloso y anhelado trimestre en el que había puesto todas mis esperanzas.

III

Me gusta llegar temprano al trabajo, lo que significa estar sentada al escritorio a las nueve y media, y digo temprano porque los académicos como yo empiezan tarde y se quedan trabajando hasta tarde. Al entrar en la antesala de Hollier, me dio en la nariz una fuerte vaharada del tufo que impregna una habitación cuando un hombre poco aseado duerme en ella con las ventanas cerradas: más o menos como la jaula del león del zoo. Allí estaba Parlabane, tumbado en el sofá y profundamente dormido. No se había quitado más que el hábito de monje, con el que se tapaba a modo de manta. Como un animal, detectó mi presencia al momento; abrió los ojos y bostezó.

— Buenos días, mi querida Molly.
— ¿Ha pasado la noche aquí?

—La eminencia me ha dado permiso para quedarme a dormir aquí hasta que la Entelequia me encuentre un hueco. Se me olvidó avisar oficialmente al tesorero de mi llegada. Ahora tengo que rezar mis oraciones y afeitarme; un afeitado de monje: con agua fría y sin jabón, a menos que lo haya en el cuarto de baño. Estas muestras de austeridad me ayudan a cultivar la humildad.

Se puso unas grandes botas negras, se ató los cordones y, después, de una mochila que había encajado detrás del sofá, sacó una bolsa sucia, donde imagino que guardaba los utensilios de aseo. Salió murmurando entre dientes —sus oraciones, supuse— y yo abrí las ventanas para orear hasta el último rincón de la estancia.

Calculo que habría trabajado unas dos horas, entre sacar los papeles, distribuir los libros en la gran mesa y enchufar la máquina de escribir portátil, cuando Parlabane volvió cargado con una maleta de cuero, grande y cochambrosa, que parecía salida de un despacho de equipajes extraviados.

—Haga como que no estoy, querida. Seré más sigiloso que un ratón. Sólo voy a dejar aquí este bulto —¿no le parece que «bulto» es lo más apropiado para un trasto viejo como éste?—, en este rincón, para que no la estorbe.

Así lo hizo, y después se arrellanó en el sofá otra vez y se puso a leer un grueso libro negro moviendo los labios, pero sin emitir sonido alguno. Supuse que seguiría rezando.

—Discúlpeme, doctor Parlabane, ¿piensa quedarse aquí toda la mañana?

—Toda la mañana, toda la tarde y esta noche. El tesorero no me ha encontrado plaza, pero ha tenido la amabilidad de darme permiso para acudir al comedor, eso sí, aunque, por lo que recuerdo de la comida de la Entelequia dudo que pueda considerarse amabilidad.

—Pero, ¡aquí es donde trabajo yo!

—Compartir este espacio con usted es un honor para mí.

—¡Imposible! ¿Cómo voy a trabajar, con usted por aquí?

—¡Ah! Comprendo perfectamente la necesidad de verdadero aislamiento que caracteriza al estudioso, pero apiádese de mí querida Molly. ¡Por compasión! No tengo donde ir.

—¡Hablaré con el profesor Hollier!

—Yo me lo pensaría dos veces. Es posible que me pida que me marche, pero también existe la posibilidad —no muy remota— de que la mande a usted a su cubículo o como se llamen ahora esos agujeros donde trabajan los doctorandos. Él y yo somos viejos amigos, querida mía, desde una época en la que usted ni siquiera había nacido.

Me enfurecí, me quedé sin palabras. Salí de allí y anduve merodeando por la biblioteca hasta después de comer. Entonces volví resuelta a intentarlo de nuevo. Paralabane estaba en el sofá leyendo unos documentos de mi mesa.

—¡Bienvenida, bienvenida, querida Molly! Sabía que volvería. Usted no es rencorosa en el fondo, no le duran los enfados. Con ese nombre tan precioso que tiene —Maria, Madre de Dios— ha de ser toda perdón y comprensión, pero dígame por qué ha dedicado tanto y tan escrupuloso estudio a ese monje renegado, ese François Rabelais. Sí, ya ve, he curioseado un poco entre sus papeles. ¡Rabelais! No me esperaba que frecuentase semejantes compañías.

—Rabelais es uno de los grandes incomprendidos de la Reforma. Es parte de mi terreno particular de estudio.

¡Qué rabia me dio justificarme! Pero Paralabane tenía una facilidad tremenda para hacerme reaccionar a la defensiva.

—¡Ah, la llamada Reforma! ¡Cuánto ruido por tan poca cosa! ¿De verdad fue Rabelais uno de aquellos inmundos reformistas cismáticos? ¿Calzaba el mismo pie que el pestilente Lutero?

—Calzaba el mismo pie que el admirable Erasmo.

—Ah, ya, pero tenía una cloaca en la cabeza y, si mal no recuerdo, porque hace muchos años que leí aquel bodrio suyo tan ordinario sobre unos gigantes, despreciaba enormemente a la mujer..., pero no discutamos; tenemos que vivir juntos, con caridad cristiana. He visto a Clem después de nuestra última charla y me ha dicho que puedo quedarme. Yo, en su lugar, no lo molestaría más con esta cuestión. Al parecer, tiene cosas muy importantes en qué pensar.

¡Había ganado él! ¡Si no me hubiese marchado! Había visto a HOLLIER antes que yo. Me miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Querida mía, debe comprender que mi caso es excepcional. La verdad es que he sido un caso excepcional toda la vida, pero tengo la solución a todos nuestros problemas. ¡Mire qué habitación! Es

lo más parecido que pueda imaginarse a los aposentos de un estu-
dioso medieval. Fíjese en ese objeto de la librería; es de alquimia,
lo sé hasta yo. No me diga que no es como los aposentos de un al-
quimista en una apacible universidad medieval. ¡Y no falta detalle!
Tenemos al eminente académico en persona, Clement Hollier. La te-
nemos a usted, la necesidad ineludible del alquimista, su *soror*
mystica, su novia intelectual, por decirlo con palabras modernas...,
pero, ¿qué falta? Falta el *famulus*, por supuesto, el criado íntimo del
académico, el discípulo devoto, el siervo incondicional. Me nombro
a mí mismo *famulus* de este pequeño reducto medieval. Ya verá qué
práctico le resulto. Mire, ya he colocado los libros de la estantería
por orden alfabético.

¡Maldita sea! Eso pensaba hacerlo yo. Hollier nunca encontraba lo
que quería porque era muy desordenado. Me entraron ganas de llo-
rar, pero no iba a hacerlo delante de Parlabane. Él no callaba.

—Supongo que limpian esta habitación una vez a la semana, ¿no?,
y la limpiará una mujer a la que Hollier ha aterrorizado de tal forma
que ya no se atreve a tocar ni mover nada, ¿no? Yo me encargaré de
limpiarla a diario y estará como... bueno, como los chorros del oro
no, pero pasable, que es lo máximo que tolera un académico. El ex-
ceso de limpieza está reñido con la creación, con el pensamiento es-
peculativo. Y limpiaré por usted, querida Molly. Le guardaré el res-
peto que el *famulus* debe a la *soror mystica* de su amo.

—¿Me respetará hasta el punto de no husmear en mis papeles?

—Probablemente no tanto. Me gusta saber lo que pasa alrededor,
querida niña, pero no la traicionaré encuentre lo que encuentre. No
he llegado a donde estoy largando todo lo que sé.

¿Y adónde creía que había llegado? ¡A monje andrajoso de gafas
pegadas con cinta aislante a la altura de las sienes! Caí en la cuenta
inmediatamente: había llegado a invadir mi mundo particular y ya
me había privado de una gran parte. Lo miré directamente a los
ojos, pero a ese juego me ganaba él, así es que, poco después, bajé
otra vez la escalera de caracol, furiosa, dolida y perpleja, sin saber
qué hacer.

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!